

EDITORIAL

Recursos tecnológicos, evaluación y competencias para el aprendizaje

Las ciencias de la educación, como el mundo académico en general, han dado en las últimas décadas pasos de gigante con respecto al modo de representarse y responderlas interrogantes que han de constituir su foco necesario de atención en la aproximación a su objeto de estudio en medio de tiempos de profunda transformación.

La investigación científica, en efecto, ha sido objeto de revisión constante entre los propios científicos desde sus orígenes, pero la dimensión y velocidad de los cambios nunca había sido la que ocurre ahora. No solo se trata del avance logrado en el campo metodológico merced a los grandes cambios de las tecnologías digitales, cuestión que es, desde luego, incontestable. Se trata de mudanzas más trascendentes.

En un plano más profundo, las ciencias han de estar hoy más que nunca comprometidas en la generación de saberes, tanto conceptuales como aplicados, que contribuyan con la construcción de sociedades más justas y solidarias, en la conciencia de que el bienestar individual solo es posible si existe la conciencia colectiva de que su génesis se halla en el bienestar general, justo y solidario.

En este sentido, todas las disciplinas académicas, científicas y humanísticas, están experimentando perspectivas nuevas. Nuevas, porque surgen preguntas distintas incoadas al albur de realidades inéditas. Nuevas, porque se proponen nuevas miradas sobre problemas antiguos. Nuevas, porque se procuran explicaciones interdisciplinarias más amplias que los límites de las propias ciencias. Nuevas, porque se replantea la prioridad del interés de las disciplinas de acuerdo con los problemas urgentes de las sociedades contemporáneas. Y nuevas, sobre todo, porque se tiene conciencia de la necesaria armonía entre todas las órbitas del conocimiento sobre el hombre y su mundo si se quiere ya no solo mejorar, sino siquiera preservar la vida y su calidad ambiente.

En este contexto, la justificación social de las ciencias se encuentra anclada, hoy más que nunca, en su pertinencia para la humanización de las sociedades. En este sentido, la revolución tecnológica reciente puede constituirse en aliado o distractor de esta pertinencia, por lo que, sin temor ni prejuicios, debe incorporarse a las actividades de investigación y divulgación, pero sin que se convierta nunca el medio en un fin. Se trata de valerse de las tecnologías en cuanto instrumentos útiles para la generación e irradiación

del saber; pero no que el dominio tecnológico constituya en sí mismo el propósito final de la educación.

Las herramientas informáticas constituyen, qué duda cabe, instrumentos privilegiados para la codificación y análisis virtual de la realidad. Permiten el acceso a volúmenes ingentes de información y la manipulación de datos en número prácticamente infinito. La localización de casi toda información se halla a disposición inmediata prácticamente de cualquier persona siempre que tenga a la mano un computador de uso personal y una conexión adecuada a la internet.

Ante esta perspectiva habrá quien piense en la posibilidad, e incluso en la necesidad, de prescindencia del docente y la escuela. Nada más lejos de la realidad, pues en medio de un océano de informaciones y datos, de imágenes y videos, de textos, hipertextos e intertextos, del aluvión, en fin, de posibilidades informativas se precisa, como siempre ha sido menester, de un guía, un orientador, de alguien que no solo señale caminos, sino que instruya sobre la necesidad de elegirlos y recorrerlos sobre bases éticas. El rol del educador no solo está libre de cuestionamiento, sino que además su figura resulta absolutamente irremplazable en los tiempos de sobre información que vivimos. Porque más que un suministrador de contenidos (tarea que sin embargo, no ha sido nunca el núcleo de su actividad), su labor consiste principalmente en la enseñanza a sus alumnos del buen juicio, en el desarrollo en ellos de la capacidad de evaluar la información que recibe, en la prevención ante la manipulación a través del discurso (en todas sus vertientes y retóricas). La labor docente consiste, pues, sobre todo, en enseñar a aprender, a escoger, procesar, decantar y madurar las ideas que llegan a un sujeto, de modo que sea su propia capacidad de juicio la que le permita discernir sobre la verdad de lo que ve, lee o escucha.

En este sentido, corresponde también a los maestros y a las escuelas evaluarse a sí mismos de manera regular. En efecto, la autocrítica no solo conviene como mecanismo de revisión y superación propia, sino además en función de las responsabilidades que se tienen sobre terceros. En el caso de las instituciones y personas destinadas socialmente a la labor de la educación, a la fragua de las nuevas generaciones de ciudadanos, la evaluación es el mecanismo mediante el cual se mide la pertinencia de sus acciones, la efectividad de las prácticas pedagógicas y la relevancia del conjunto de sus esfuerzos en la construcción del hombre social necesario para los tiempos que le han tocado en suerte.

En relación con lo anterior, la Revista Perspectivas presenta un conjunto de investigaciones reunidas en torno a estos grandes temas: recursos tecnológicos, evaluación y competencias para el aprendizaje. Los trabajos de sus autores y del Comité Editorial de la publicación habrán valido la pena si resultan de provecho para sus lectores.

Por: Dr. Audín Aloiso Gamboa -Suarez . Profesor Titular UFPS